

## El ángel de la historia

### Walter Benjamín y León Trotsky \*

Terry Eagleton



El año de la muerte de Benjamin, otro intelectual judío exiliado encontró la muerte a manos de la reacción política. Víctimas del fascismo y del estalinismo, respectivamente, y signo conjunto de su letal complicidad, Walter Benjamín y León Trotsky muestran una serie de paralelismos que aún quedan por estudiar con seriedad. Sabemos que Benjamín leía a Trotsky con admiración: tenía muy buena opinión de *Where is Britain going?* (¿Adónde va Gran Bretaña?) , y devoró «ansiosamente» *My life* (Mi vida) y *History of the Russian Revolution* (La historia de la Revolución Rusa), declarando acerca de estas últimas obras que hacía años que no asimilaba nada con tanta intensidad . Las opiniones políticas de ambos eran idénticas en muchos aspectos. Ambos se opusieron a la locura ultrazquierdista del Tercer Periodo, recalcando la amenaza inminente del fascismo a pesar de la complacencia criminal del Comintern; ambos rechazaban igualmente la ilusión alternativa de la socialdemocracia, como queda claro en los comentarios mordaces de Benjamín acerca de la capitulación del SPD alemán ante el fascismo .

La concepción de lucha antifascista de tipo frente popular, contra la cual Trotsky no cesó de polemizar, queda bastante bien caracterizada por la burla que hace Benjamín de las ilusiones izquierdistas de «progreso» y de alianzas con la cultura tradicional . La concepción de la historia como un ascenso triunfante de tesoros culturales, que era odiosa a Benjamín, es un rasgo típico de la ideología de frente popular. Al escribir en 1937 sobre el Frente Popular francés, habla de un «fetiche de la mayoría izquierdista» que no se avergüenza de una política que causaría disturbios si la practicara la derecha . Sus «Conversaciones con Brecht» recogen el interés del propio Brecht por los escritos de Trotsky y su reacción escéptica del dogma del «socialismo en un solo país» y a la degeneración del estado obrero soviético .

En el ámbito de la revolución cultural, Trotsky y Benjamín igualmente concuerdan, aunque el último esté a la izquierda del primero. Ambos rechazan el Proletkult , y tratan de rescatar aspectos de la cultura tradicional al tiempo que permanecen abierto, aunque críticos, a la vanguardia; ambos saludan los hallazgos de Freud y establecen una alianza activa con los surrealistas; ambos combinan la erudición y la sensibilidad de intelectuales «tradicionales» con la insistencia en las tareas

«orgánicas» de la cultura socialista, ya sean campañas de alfabetización o la «proletarización» esencial del artista.

Pero hay un aspecto en el que sería degradante para la memoria de León Trotsky si lleváramos más allá este paralelismo. Pues Trotsky fue uno de los dos mayores revolucionarios marxistas del siglo XX, incomparablemente más significativo para el curso y el destino del socialismo que un crítico de arte místico, políticamente quiescente y de temperamento aletargado en la República de Weimar. A pesar del genio y patetismo de Walter Benjamin, una plena equiparación entre él y el arquitecto del Ejército Rojo y la Cuarta Internacional tendrá el aire de un error de categoría. Porque ambos se formaron en dos periodos distintos del marxismo moderno: uno durante la fase heroica de la lucha política que culminó en la Revolución de Octubre; el otro durante la época más sombría del «marxismo occidental», esas luchas políticas habían recibido su tiro de gracia político a manos del estalinismo, la cuando socialdemocracia y la burguesía conjuntamente.

Sin embargo, es posible marcar un contraste entre Benjamin y Trotsky que resultaría en favor del primero. A pesar de su interés entusiasta por el arte moderno, Trotsky, al igual que Marx, Engels y Lukács, era heredero de la Ilustración. El marxismo clásico comparte en gran medida esa racionalidad de la Ilustración, esa red de presunciones históricas acerca de lo que debe considerarse verdad, razón, sentido, valor e identidad, que ahora está tan profundamente enraizada que es completamente imposible de erradicar de nuestras más leves reacciones. De todas formas es muy dudoso que una problemática así vaya a ser simplemente «erradicada»; y desde luego que está claro que ha sido y aún es históricamente necesario para el marxismo luchar principalmente en su terreno. La mayoría de las alternativas propuestas hasta ahora han sido como mínimo primitivas e insufribles.

Pero seguramente uno puede cuestionar las graves limitaciones de esta problemática, si es que podemos identificarlas sin ceder al suicidio intelectual. Benjamin y su amigo Adorno son «marxistas modernos», colocados en un último umbral del significado donde puede que sea posible reflexionar de nuevo acerca del marxismo en términos a menudo extrañamente alejado de las presunciones dominantes de la Ilustración. Como es de esperar, los resultados son incompletos y variados; pero esbozan un proyecto sobrecogedor y emocionante cuya forma quizá sólo estemos empezando a vislumbrar vagamente. Es un proyecto que tal vez sólo resulte plenamente viable al otro lado del cambio revolucionario.

Si gran parte de la teórica moderna ha acabado por abandonar toda esperanza de ese cambio, esto puede no deberse tanto a que sea incompatible con el marxismo como a que las condiciones materiales necesarias para un intercambio así no existan aún realmente. Puede que sólo en el reino de la libertad la Razón tenga tiempo para transformarse en unos términos que sin duda harán al menos alguna referencia a la racionalidad «ajena» de las otras civilizaciones del mundo. He argumentado que donde gran parte de la «estética marxista» más denota el marxismo occidental es en su extraño cruce de materialismo e idealismo y que dentro de esta línea estética ninguna figura sería a su vez más ejemplar para esta unión que el propio Benjamin.

El idealismo de Benjamin asume múltiples formas pero una en particular exige aquí un breve análisis. Ha sido a menudo advertido en su obra una tendencia hacia el «tecnologismo» (el asignar una importancia histórica determinante a fuerzas

técnicas sustraídas a su contexto social); pero quizá no se haya puesto el énfasis suficiente en que éste es uno de los términos de una pareja antitética de la cual el otro sería el «culturalismo».

En suma, Benjamin tiende al mismo tiempo a objetivizar la base económica y a subjetivizar la superestructura, alternando con un mínimo de mediación entre las «fuerzas materiales» y la «experiencia». A veces se idealizan los poderes técnicos, igual que la materialidad de la superestructura amenaza a veces con disolverse en la «inmediatez» de la «experiencia», ya sea como Erlebnis o como Erfahrung. La relación entre la base y la superestructura se convierte esencialmente en una relación de «expresión»: de una «correspondencia» o mimesis sensual como en las teorías de Benjamin sobre el lenguaje. Irónicamente esta doctrina es a menudo un rasgo del mismo historicismo contra el que luchó tan denodadamente: si bien rechazó el eje diacrónico del historicismo (su teleología determinista) a veces estuvo cerca de reproducir su visión sincrónica de la historia como una entidad homogénea compuesta de «niveles». La base y la superestructura se unen dentro de la realidad de la historia que los engloba, de la cual una cara son los modos de producción y otra es la «experiencia».

De hecho Benjamin adopta un punto de vista historicista respecto a su propio marxismo, que, como señala, no es «nada, absolutamente nada más que la expresión de ciertas experiencias en mi vida y mi pensamiento». La teoría no es más que la toma de conciencia de la «experiencia» o la práctica. Dejar aquí la cuestión sería hacerle una grave injusticia a Benjamin. Pues si bien a veces concibe la «experiencia» como una especie de impronta directa o una destilación de fuerzas físicas o tecnológicas, sigue siendo cierto que hace aparecer como por arte de magia de entre esta condición reflexiva una sutileza de percepción que excede maravillosamente la tosquedad propia del modelo. Más aún, su insistencia en la naturaleza de experiencia personal de su propio compromiso comunista está deliberadamente dirigida contra la «esterilidad de un “credo”» como es el estalinismo. Ser «fiel» al marxismo en estas condiciones, significaba ser hasta cierto punto «necesariamente, significativamente y productivamente falso».

Tampoco es del todo verdad que la obra de Benjamin carezca completamente de mediación entre la tecnología y la experiencia: ¿qué otra cosa es el concepto de la lucha de clases? Pero incluso esta mediación está a menudo atenuada. Las Tesis son un soberbio documento revolucionario: pero evocan sistemáticamente la lucha de clases en términos de conciencia, imagen, memoria y experiencia y casi callan respecto a la cuestión de sus formas políticas. Entre la «base» y la «experiencia», se elude silenciosamente el ejemplo político: Habermas no está muy errado cuando comenta que «Benjamin también concebía la filosofía de la historia como una teoría de la experiencia». Benjamin comenta que los surrealistas percibían una componente extática o anárquica en cada acto revolucionario; pero agrega rápidamente, «poner exclusivamente el acento en esto, sería reducir la preparación metódica y disciplinada de la revolución a unas prácticas que oscilan entre ejercicios de preparación física y celebraciones por adelantado».

Precisamente esta reducción marca la obra del propio Benjamin desde la espasmódica violencia soreliana expuesta en su temprano «apocalipticismo» ultraizquierdista al mesianismo revolucionario y a la poesía política de las propias Tesis. Naturalmente esto es algo más que un lapsus teórico. Tiene sus raíces en el propio carácter político de la época de Benjamin. Encallado entre la socialdemocracia y el estalinismo, realmente sus opciones políticas eran limitadas. Le quedaban pocas

cosas excepto la «experiencia» e incluso ésta era escalofriantemente frágil. Por tanto, el antihistoricismo de Benjamin está en connivencia con su idealismo: la *Jetztzeit* deja de figurar simplemente como elemento simbólico dentro del materialismo histórico y viene a sustituir el rigor de la práctica revolucionaria. Entre la venida de las masas y la venida del Mesías, no puede cristalizar tercer término alguno. Al partido revolucionario le sustituye el profeta revolucionario, capaz de cumplir sus tareas mnemónicas, pero no teóricas ni organizativas, en parte rico en sabiduría por ser pobre en práctica. Si Trotsky posee el Programa Transicional, Benjamin se queda con el «tiempo del ahora».

Ningún movimiento revolucionario puede permitirse ignorar signos de progreso continuado, el ritmo de un desarrollo gradual o cuestiones de teleología (en un sentido no metafísico); desde el punto de vista bolchevique el «tiempo homogéneo» de Benjamin resulta algo menos repelente. Si ni siquiera los muertos están a salvo del fascismo, ni siquiera el Mesías lo está del socialismo. El Mesías es el último caso que nunca llega, pero incluso si llegara, no sería un acontecimiento que quedara dentro del materialismo histórico. William Blake, que escribía entes del emerger del materialismo histórico, formuló su crítica al capitalismo industrial en términos teológicos. A pesar de sus importantes limitaciones, ningún producto materialista ha superado jamás su fuerza. Como hemos visto, igualmente Benjamin puede avanzar a partir de su lado idealista: como su gran mentor en marxismo, Georg Lukács, llama a los recursos ambivalentes del idealismo a entablar batalla con un positivismo considerablemente más pernicioso. El alcance de este logro podrá ser comprendido mediante un sencillo paralelo.

El marxismo del siglo XX contiene otra teoría antihistoricista que, al igual que Benjamin, habla de amalgamar formas arcaicas con otras más contemporáneas y que no entiende el desarrollo histórico como una evolución lineal, sino como una constelación conmocionadora de épocas dispares. Fue esta hipótesis (la hipótesis de los Results and Prospects [Resultados y Perspectivas] de Trotsky) la que presagió el destino de la Revolución Rusa y que, generalizada como teoría de la revolución permanente sigue siendo de extremada importancia para la estrategia socialista hoy en día. Si un marxismo fascinado por una teoría «de etapas» de la historia le hubiera hecho caso, probablemente Benjamin no hubiera muerto cuando murió. La teoría de la revolución permanente se introduce oblicuamente en la homogeneidad histórica y encuentra, en la época de la lucha democrático-burguesa, el «débil impulso mesiánico» que la hace girar a la manera del heliotropo hacia el sol del socialismo que amanece en el futuro.

Lo que en Benjamin no pasa de ser una imagen se convierte en estrategia política en Trotsky: al asumir el liderazgo de la revolución democrático-burguesa en alianza hegemónica con otras clases y grupos subordinados, el proletariado libera la dinámica que llevará la revolución más allá de sí misma hasta resultar en el poder de los trabajadores. Los estratos de las épocas, que en la imaginación marxista oficial están primorosamente colocados juntándose por los extremos, son agarrados y apilados rudamente unos sobre otros, transformando la geología de la revolución con un violento levantamiento. Las jerarquías reconocidas son subvertidas desvergonzadamente: desde el punto de vista de la ironía revolucionaria, el eslabón más débil de la cadena imperialista se convierte ahora en el más fuerte, en esa esquirra heterogénea que puede llegar a desequilibrar toda la estructura capitalista, demasiado cargada en su parte superior. Con los ojos vueltos hacia el futuro, la revolución da un gran salto al pasado (el feudalismo arcaico de la Rusia zarista) para asimilarlo violentamente al presente. Como resalta Benjamin en su ensayo

sobre Moscú, el resultado es una «interpenetración completa de modos de vida tecnológicos y primitivos» . Un momento escogido del tiempo homogéneo de la revolución burguesa se convierte en el estrecho postigo por el que entrará el proletariado, la Jetztzeit en la cual historias diferentes (feudal, democrático-burguesa, proletaria) son dramáticamente empujadas hacia una correspondencia contradictoria. Una vez instalado en el poder, el estado de los trabajadores continúa peinando la historia a contrapelo. El reposado relato de la historia homogénea es transformado en un texto enmarañado: «estallidos de guerras civiles y guerras con países extranjeros alternan con periodos de reforma “pacífica”. Las revoluciones en la economía, la técnica, la ciencia, la familia, la moral y la vida diaria se desarrollan en complejas acciones recíprocas y no permiten a la sociedad alcanzar un equilibrio» .

La práctica de la revolución socialista demuestra tanto los desplazamientos y condensaciones «sincrónicos» como «diacrónicos» de la historia: «dentro de una ruptura revolucionaria de la vida de una sociedad», escribe Trotsky, «no hay simultaneidad ni simetría en los procesos, ni dentro de la ideología de la sociedad, ni en su estructura económica» . El tiempo revolucionario no es ni idéntico ni a sí mismo, ni puramente difuso; lo mismo ocurre con el espacio revolucionario. La revolución socialista comienza sobre fundamentos nacionales, pero no puede ser consumada dentro de ellos: en la más mortal de las constelaciones para la burguesía internacional, los poderes liberados por la revolución nacional empiezan a causar efecto en otros lugares, a deformar el espacio global del capitalismo y a condensar áreas nacionales aparentemente diferenciadas en el paisaje de la revolución socialista internacional. Sólo cuando este «texto» esté escrito por completo, podrán ser contados apropiadamente los relatos nacionales que lo componen; sólo cuando las revoluciones nacionales sean expulsadas violentamente del continuo de su propia época y terreno a términos globales, podremos estar seguros de que no están irrevocablemente perdidas para la historia. Pues toda imagen de revolución que no sea reconocida como asunto suyo por el proletariado internacional amenaza con desaparecer sin posibilidad de ser recuperada. A la luz de la teoría de la revolución permanente, el antihistoricismo de Benjamin se convierte en algo más que una noción atractiva. Al contrario, en nuestra propia época su reactivación puede ser literalmente garante de nuestra supervivencia.

Desde la derrota americana en Vietnam, el imperialismo mundial ha sufrido una serie de dolorosos reveses a manos del nacionalismo revolucionario. Pero sin el liderazgo proletario, que es el único capaz de garantizar la transformación de esta clase de insurrecciones en los fundamentos del socialismo, estas sociedades continuarán atrapadas en un precario punto muerto entre el estalinismo y el imperialismo. En las metrópolis imperialistas, las condiciones contra las que advirtió Benjamin están otra vez en alza: una mitología reformista continúa acaparando a sectores enteros de la clase obrera dentro de una crisis global del capitalismo que vuelve a colocar en la agenda la amenaza del fascismo. En una situación así es más necesario que nunca expulsar violentamente la obra de Benjamin del continuo de la historia, para que pueda fecundar el presente.

\* El texto que reproducimos es capítulo 6 del libro **Walter Benjamin o hacia una crítica revolucionaria** (1976), Terry Eagleton, ediciones Cátedra, Madrid, 1998.

1. Terry Eagleton es profesor de inglés en la universidad de Oxford. Entre sus obras se encuentran *Ideologías*, *Las ilusiones del Posmodernismo*, *Teoría Literaria: una introducción*, *Marxist Literary Theory: A reader*, entre otros.

2. Briefe, Gershom Scholem y T. W. Adorno (eds.), vol.1, pág. 409, Fráncfort del Main, 1966.
  3. Ibid., vol.2, pág. 553.
  4. Illuminations, Walter Benjamin, Londres, 1973.
  5. Véase Ibid., pág. 258.
  6. Briefe, Ibid. Pág.732.
  7. Understanding Brecht, Walter Benjamin, NLB, 1973, págs. 117-118
  8. Véanse los comentarios de Benjamin en «Surrealism», OWS, página 236. En su recientemente publicado Moscow Diary (Diario de Moscú), describe el pesimismo de su amigo Bernhard Reich por el «vuelco reaccionario» del partido soviético en materia cultural. Informa de que Reich temía que los movimientos de izquierda utilizados en la época del comunismo de guerra fueran totalmente descartados entonces (en 1926). Los escritores proletarios habían sido recientemente reconocidos por el Estado en contra de los deseos de Trotsky; y el caso de Lelewitsch, cuyo trabajo sobre la metodología de la crítica literaria marxistas provocó la desaprobación de las autoridades, denotaba un movimiento en contra del Frente Izquierdista dentro del arte (Moskauer Tagebuch, Fráncfort del Main, 1980, págs. 19-20). Charles Rosen señala sagazmente que el famoso ensayo de Benjamín «The Author as Producer» («El escritor como productor») dado a conocer por primera vez como conferencia a una organización del frente comunista en París en 1934, no habría podido resultar muy agradable a su público al colocar resueltamente una estrategia cultural asociada con el Frente Izquierdista en el arte, por encima de la literatura «de tendencia». Por otro lado, habría que señalar que al parecer Benjamin siguió apoyando al estado soviético y mantuvo ilusiones respecto a su cariz político al menos hasta su respuesta duramente desilusionada al pacto nazi-soviético en 1939.
  9. Para una crítica del propio Benjamin al pensamiento ilustrado (y especialmente al de Kant) en base a las formas de pensamiento «pre-rationales» que suprime, véase su «Uber das Programm de kommenden Philosophie» («Acerca del programa de la filosofía venidera»), GS, 2/1, págs. 157-171.
  10. Briefe, Ibid., pág.604
  11. Habermas, pág.207.
  12. «Surrealism», OWS, pág. 236.
  13. One-way Street and Other Writings , Walter Benajmin, NLB, 1979 pág. 190.
  14. León Trotsky, The Permanent Revolution, Nueva York, 1969, página 132.
  15. Ibid., Literature and revolution, Ann Arbor, 1971, pág. 159.
-



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:

<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: [archivochileceme@yahoo.com](mailto:archivochileceme@yahoo.com)

**NOTA:** El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo.

© CEME web productions 2003 -2008 